

Undécimo domingo después de la Trinidad

1 Corintios 15:1-10

“Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún y otros ya han muerto. Después apareció a Jacobo y después a todos los apóstoles. Por último, como a un abortivo, se me apareció a mí. Yo soy el más pequeño de los apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo.”

Esta Epístola se explica abundantemente en los sermones sobre todo este capítulo que se han publicado por separado. Todo el que quiere puede leerlos allí. Esta Epístola trata en su totalidad de la resurrección de los muertos y realmente se debe leer y tratar alrededor de la Pascua. Sin embargo, parece haber sido escogido para este domingo porque la última parte concuerda con el Evangelio para este domingo.

Aunque San Pablo fue un alto apóstol que había trabajado más que todos los demás en su oficio apostólico, no se jacta de su propia obra como lo hacían los fariseos arrogantes, sino confiesa su pecado e indignidad así como el pobre cobrador de impuestos. Atribuye solo a la gracia de Dios lo que es, porque Dios hizo a él, que había sido un perseguidor, un cristiano y un apóstol.